

Guerra o revolución: una polémica

GABRIEL CARDONA
Universidad de Barcelona

La discusión

En la historiografía de la contienda civil, los conceptos *guerra* y *revolución* aparecen presentados como un dilema, como una polémica que afecta a la conducta política de los anarquistas y comunistas durante el conflicto. Frecuentemente, la alternativa ha servido como arma arrojadiza para que unos y otros se achaquen recíprocamente la responsabilidad de haber malogrado la guerra y la revolución.

Desde posturas anticomunistas se argumenta que el PCE y el PSUC prefirieron ganar la guerra, aún a costa de pactar con la pequeña burguesía y detener la revolución social espontáneamente iniciada por las masas en julio de 1936. Años después de concluida la guerra, se ha sostenido que Franco habría sido derrotado mediante la aplicación de una estrategia propugnada por la CNT y basada en tres extremos: 1.º la guerra revolucionaria capaz de aprovechar la «tradición española de las guerrillas», 2.º el estímulo a una insurrección armada del Marruecos español para evitar el reclutamiento de mercenarios africanos y desestabilizar la disciplina de las fuerzas de regulares que combatían en el ejército de Franco, y 3.º completar la revolución social en la España republicana para que su ejemplo desencadenara una sublevación popular en la zona franquista.

La finalidad justificativa y propagandística de este planteamiento es evi-



dente, porque durante la guerra no existió tal plan estratégico. La guerra de guerrillas carecía en 1936-1939 del contenido revolucionario que adquirió años después, a raíz de la Segunda Guerra Mundial y la descolonización. A pesar de los pactos con autoridades republicanas españolas, que intentaron los débiles nacionalistas mogrebíes, un intento de sublevación en Marruecos era inviable, porque ponía en peligro la estabilidad del Africa francesa, en el momento en el que Francia era un camino insustituible para el tránsito del armamento soviético hacia la zona republicana; por otra parte las cabilas estaban desarmadas desde el término de la guerra del Rif y los jefes de las tribus eran colaboracionistas con los oficiales franquistas del Protectorado. Por último, era una empresa más que discutible, el desencadenamiento de la revolución en la zona dominada por los sublevados, que la mantenían bajo un rígido control.

Desde posturas contrarias al anarcosindicalismo, se afirma que el desorden cenetista fue el principal impedimento para conducir adecuadamente la guerra y que la insistencia ácrata en la revolución social inmediata ocasionó el fracaso militar de la República, de cuya ineficacia en los frentes de combate es mayoritariamente responsable la CNT.

Pero, si el ejemplo del frente de Aragón es válido, demuestra que el color político de las milicias no influyó en su eficacia frente a los militares rebeldes que conocían el oficio de la guerra. Aunque con mayoría cenetista, las columnas catalanas que intentaban llegar a Zaragoza, pertenecían a los diversos partidos y sindicatos existentes en Cataluña. Su fracaso militar fue general, sin que puedan identificarse resultados achacables a la influencia del número de banderas cenetistas, ugetistas o catalanistas que flameaban en cada columna.

Los republicanos y la reconstrucción del Estado

Al iniciarse la guerra, desde el 20 de julio hasta el 4 de septiembre de 1936, sobrevivió el gobierno republicano de Giral, sin poder real sobre las milicias de los partidos y sindicatos, casi las únicas fuerzas armadas que luchaban contra la sublevación.

En Cataluña, la legalidad estatal era entonces representada por la Generalitat que comenzó a ganar la partida política contra los anarquistas al cabo de los dos primeros meses de guerra. Desde el 27 de septiembre de 1936, los anarquistas aceptaron formar parte de un gobierno catalán de coalición y el Comité de Milicias Antifascistas desapareció legalmente el 1 de octubre, aunque el control de comités cenetistas continuó, de forma aislada. El peso de la sociedad catalana, contribuyó a restablecer la legitimidad patriótica y simbólica personalizada por Companys.

En Madrid de donde desaparecieron los ministros, la Junta formada por los

partidos y sindicatos, anarquistas incluidos, atendió a las necesidades de la defensa, presidida por el general Miaja.

El gobierno central, ya con mayoría socialista, logró su objetivo de reconstruir el poder, el 5 de noviembre de 1936, cuando cuatro anarcosindicalistas (López, Peiró, García Oliver y Montseny) dos de ellos de la FAI, se integraron en el gabinete.

Acabar la guerra mediante un pacto fue siempre el deseo de políticos republicanos de clase media como Azaña y Martínez Barrio, que coincidían en ello con los socialistas de Prieto. Su problema fue la no aceptación por parte de Franco y los comunistas. Para los republicanos catalanistas y vasquistas la paz negociada representaba el fin de sus aspiraciones nacionalistas pero también la defensa de sus intereses económicos frente a la revolución.

Poder estatal y revolución anarquista

Hoy es discutible hasta la terminología de lo ocurrido entonces en España. Ya antes de la guerra se usaba el término revolución en un sentido distinto al actual. En los últimos tiempos de la monarquía, la conspiración antidinástica estaba presidida por el llamado Comité Revolucionario, que se transformó en Gobierno Provisional al proclamarse la República. A pesar de su nombre, el comité había contado con destacados miembros conservadores como Alcalá-Zamora y Lerroux. Las definiciones políticas utilizadas hasta entonces son tan equívocas que los primeros decretos republicanos de abril de 1931 mencionaban explícitamente que la II República se había proclamado en España gracias a un «alzamiento nacional». Y ese mismo término «alzamiento nacional» fue utilizado por los militares sublevados en julio de 1936, para dar nombre a su pronunciamiento.

Cuando estalló la guerra, la prensa extranjera informó que en España tenía lugar una revolución, concretada en las expropiaciones y colectivizaciones, los asesinatos y los ataques a la Iglesia. Los responsables de la noticia no fueron únicamente escritores como Orwell, Berneri o Koestler sino también la propaganda favorable a los militares sublevados.

Sin embargo muchos escritores comunistas ortodoxos como Ibarruri o Togliatti han sostenido que la revolución española no era proletaria sino pequeño-burguesa. En la terminología actual es imposible sostener la idea de que se desarrolló una revolución obrera en la zona republicana. Tuvieron lugar importantes revueltas sociales y hechos revolucionarios pero no tal revolución, dado que no existió una transformación general, rápida y profunda en las relaciones de la economía capitalista.

Gran parte de la confusa información del momento fue causada por la destrucción momentánea del poder político republicano y la transformación

geográficamente localizada de las relaciones económicas que no se consumó ni fue total. Tampoco el mayor número de asesinatos se produjo simultáneamente con el estallido revolucionario. Las muertes violentas más numerosas de la zona republicana fueron más fruto de la guerra que de la revolución. Ocurrieron entre agosto y diciembre de 1936, promovidas por el deseo de desquitarse de bombardeos o ejecuciones enemigas, o por la excitación hija del temor que despertaba la marcha victoriosa de la sublevación. Puntualización que no pretende minimizar o justificar la represión en ninguno de los dos bandos, sino situar el problema histórico en sus términos precisos.

Los anarquistas y la revolución

Es en Cataluña donde el proceso revolucionario fue más rápido y profundo. Desencadenado por imperativos de la realidad, más que por la dirección de los Comités, muchas veces resultó impuesta por el simple hecho de que los obreros necesitaban volver a trabajar, incluso con la recomendación de la CNT el 28 de julio, y descubrieron que los propietarios de las empresas y muchos de sus técnicos habían desaparecido.

La colectivización fue frecuentemente un hecho motivado por la necesidad de seguir trabajando en una situación de colapso de los antiguos poderes. El hecho se extendió, generalizó y dio paso a una situación revolucionaria. El conjunto de transformaciones ocurridas entonces fue improvisado y las permitió el derrumbamiento de los mecanismos de control político y social, mientras la mayor parte de los trabajadores que habían asumido el control de la producción carecían de un proyecto de cómo continuar en el futuro. El caso de los servicios públicos colectivizados, no sólo por la CNT sino también por la UGT, es indicativo de esta realidad.

La situación revolucionaria se extendió a la agricultura, en este caso impulsada preferentemente por los anarquistas, sobre todo con mayor intensidad en las tierras ocupadas de Aragón, donde la revolución quedó detenida al cesar los avances territoriales a causa de la ineficacia militar de las columnas. En la zona donde la revolución había logrado instalarse plenamente se creó un órgano político autónomo: el Consejo de Aragón, pluralista y legalizado por Largo Caballero, aunque con claro predominio de la FAI.

A menudo se afirma que mientras la CNT no abdicaba de sus ideales revolucionarios, el PSUC y la UGT se adentraban en un proyecto de recuperación de las fuerzas del Estado para derrotar el fascismo, aglutinando a todos los grupos sociales dispuestos a comprometerse en defensa de la legalidad republicana.

Ciertamente existieron realidades contradictorias y, en primer lugar, la voluntad revolucionaria anarquista, dispuesta no sólo a liquidar todas las antiguas

formas de explotación económica y dominación política, sino también acabar físicamente con las personas consideradas sus enemigas de clase.

No obstante, el análisis del comportamiento político de los anarquistas demuestra también un pactismo considerable, aún a costa de detener su revolución y la destrucción de las últimas estructuras del poder burgués, postulada en sus planteamientos clásicos. Desde el 20 de julio de 1936, el verdadero poder barcelonés residió en la calle dominada por la FAI que, sin embargo, pactó con la Generalitat y posibilitó un doble poder durante dos meses. A pesar de su triunfo del 20 de julio, la CNT aceptó dos órganos de colaboración: el Comité de Milicias, con representación de todos los partidos y la permanencia de la Generalitat. Es decir que no se planteó la guerra-revolución como alternativa sino como un hecho simultáneo.

De hecho, la CNT-FAI renunció a implantar una dictadura anarquista, en Cataluña aceptó la coexistencia de la revolución autogestionaria con un poder heredado de la antigua «República burguesa». En los territorios republicanos de Aragón también aceptó la coexistencia en el Consejo, aunque con predominio anarquista.

Un espejismo vició el primer planteamiento cenetista ante la sublevación: la lucha contra el fascismo en Barcelona había triunfado aparentemente gracias a la huelga general, la llamada a los obreros, la deserción de la tropa, y esta victoria popular había posibilitado la revolución. Todo ello era cierto, pero no la verdad completa: la derrota militar en Barcelona no se debía únicamente a las masas sino a múltiples factores, entre los cuales destacaba la intervención de los guardias de asalto y la Guardia Civil, fieles a la República. El pronunciamiento del 19 de julio en Barcelona, fue un hecho político que era combatible con procedimientos de su misma naturaleza. Tan anticuadas y decimonónicas fueron las columnas de soldados marchando por las largas avenidas hacia el centro de la ciudad, como las barricadas que les cortaban el paso. Sin embargo, la exaltación de la victoria magnificó la participación obrera, ignorando a las fuerzas policiales de la Generalitat.

La decepción se produjo cuando, días después, la lucha se trasladó al campo abierto, cuando se planteó un verdadero enfrentamiento militar en Los Monegros. No era lo mismo luchar contra columnas de sublevados en una ciudad que con fuerzas militares en campaña. Nada tenía que ver la nueva situación guerrera con la lucha revolucionaria urbana.

La guerra como problema que interfería la revolución afectó principalmente a los anarcosindicalistas y el POUM. Un conflicto militar era un fenómeno que escapaba al control anarquista y potenciaba a los comunistas. Con la creación del Ejército Popular y la militarización de las milicias, los cenetistas perdían su principal fuerza en la calle, agravada la situación por el intento de la Generalitat de eliminar su presencia en las tareas referidas al orden público. La guerra

les había convertido en colaboracionistas de gobiernos herederos de la legalidad republicana, combatida por ellos denodadamente hasta 1936. Si la CNT-FAI perdía el control de las milicias, la guerra no ofrecía posibilidades para el movimiento libertario.

En esta dualidad está el origen del enfrentamiento de mayo de 1937, y sus consecuencias como la disolución de las patrullas de control y la militarización de la industria catalana. Ambas suponían la culminación del control revolucionario por parte del Estado que, sin embargo, fue aceptado por la CNT-FAI en momentos cruciales como los hechos de mayo, cuando la acción centralizadora fue apoyada por los ministros anarquistas del gobierno. A partir de este momento, la militarización del poder estatal pudo acabar con el pactismo frente-populista de Largo Caballero, con el Consejo de Aragón y con cualquier poder armado no estatal.

En otras zonas, el comportamiento cenetista fue aún más pactista. En el País Vasco no se vivió una situación revolucionaria. El 1 de octubre de 1936 se obtuvo el Estatuto por votación de las Cortes de la República y una semana después, Aguirre se hizo cargo de la presidencia de un gobierno, gestor de una política nacionalista, católica y de absoluto respeto a la propiedad privada. El gobierno nacionalista procuró formar su propio ejército, aceptando la existencia de batallones peneuvistas, ugetistas y cenetistas, pero favoreciendo a los primeros. Los anarquistas participan en este ejército de Euskadi dirigido por nacionalistas y católicos, mientras la propiedad privada vasca mantenía todas sus formas conservadoras.

En Madrid, donde la CNT tenía menor peso, no hubo prácticamente expropiaciones sino incautaciones propias de la economía de guerra. En el sur y oeste, los latifundios fueron abandonados por sus propietarios y sustituidos frecuentemente por un sistema de explotación dirigido por sindicatos o comités.

Las colectivizaciones agrícolas no fueron obra solamente de la CNT sino también de la socialista FNTT, mientras los comunistas preferían respetar la pequeña propiedad y llevar a cabo una reforma agraria dirigida desde arriba. En octubre de 1936 se decretó la expropiación de las fincas de los facciosos y su reparto a los campesinos. El conjunto de tierras expropiadas y ocupadas fue muy complejo y diferente según la localización geográfica.

La colectivización industrial no fue exclusivamente un hecho catalán, pero sí revistió en Cataluña la mayor importancia. De hecho, los propietarios de industrias y comercios no fueron desposeídos generalmente, sino que huyeron los más importantes.

En el conjunto del territorio republicano, el anarcosindicalismo, por comparación con el Comité de Milicias de Barcelona, propugnaba un Consejo Nacional de Defensa para dirigir la guerra, pero acabó por integrarse en el gobierno

de Largo Caballero, lo que obligó a una justificación teórica, responsable de muchas confusiones posteriores. Ciertamente la CNT se avino a participar en la reconstrucción del Estado y ello supuso el final de la revolución anarquista. Postura impuesta por la realidad de la guerra y la convicción de que, si no se salvaba el Estado republicano, la revolución acabaría por la mano de Franco. No obstante, las condiciones anarquistas para entrar en el gobierno fueron la creación de instituciones extra gubernamentales que luego Largo Caballero no creó, sin que los sindicalistas abandonaran por ello el gabinete.

La polémica en torno a la guerra y la revolución se mantuvo en el campo teórico, mientras la postura práctica era distinta y las discusiones eran frecuentemente justificativas de una realidad mucho más pragmática y también un arma para combatir la creciente importancia comunista.

La realidad de la guerra impuso la recomposición del poder del Estado con el apoyo de los republicanos, socialistas, comunistas y anarquistas. Cuando este poder se consolidó, la reconstrucción estatal fue a costa de la pérdida de poder del anarcosindicalismo y enero de 1937 puede señalarse como un punto de partida para un mayor control estatal de la situación. En mayo del mismo año, las discrepancias, debidas a la lucha por el poder se hacían evidentes, a pesar de ello, los anarcosindicalistas no participaron mayoritariamente en la revuelta de Barcelona. Luego se marginaron políticamente en el gobierno central en mayo de 1937 y de la Generalitat en junio, en agosto el Consejo de Aragón con muchas colectividades agrícolas fueron destruidos. El traslado del gobierno a Barcelona en octubre de 1937 representó el control cada vez mayor de los logros revolucionarios del verano de 1936. No obstante, los anarquistas mantuvieron su esfuerzo de guerra, continuaron militarizados y obedientes al Estado Mayor Central y los mandos, e incluso participaron en el gobierno en 1938 mientras la CNT ya carecía de capacidad de decisión sobre la fuerza armada y la militarización de la industria catalana la despojaba del control de los comités de fábrica, su último reducto de poder obrero.

La postura comunista

A la originalidad de la situación en Cataluña se unía la existencia de dos partidos marxistas: el POUM, opuesto al comunismo stalinista, y el PSUC, creado a raíz de la sublevación militar por la unión de cuatro formaciones comunistas y socialistas. Los planteamientos sociales moderados y el crecimiento comunista general en España, hicieron aumentar espectacularmente su militancia. Ciertamente, hasta 1936, el PCE seguía la política de pactar con los socialistas y la izquierda burguesa en el Frente Popular para enfrentarse al fascismo, posponiendo momentáneamente la revolución, Stalin creía que la guerra era un instrumento de la lucha de clases, pero que debía llevarse a cabo

mediante ejércitos disciplinados y nutridos por combatientes formados políticamente por el partido.

Al estallar la guerra civil española, continuó la línea de colaboración comunista con los socialistas y republicanos, aunque el PCE y el PSUC no descuidaron las posibilidades de acrecentar el poder político que le ofrecían las nuevas circunstancias. Aceptaron la guerra como un hecho que conducía hacia la revolución, porque posibilitaba el aumento del poder del partido, mediante su influencia en el ejército que debía crearse desde cero. Por otra parte, Cataluña hasta entonces el bastión más importante de la CNT, gracias a la guerra ofrecía posibilidades de crecimiento al marxismo que siempre había sido minoritario y la política de unidad que había creado el PSUC posibilitaba el control de la UGT y de todos los grupos marxistas catalanes excepto el POUM.

El fortalecimiento del Estado les favorecía en la medida en que pudieran controlar al ejército, institución medular durante toda la guerra. Aunque las fuerzas armadas soviéticas estaban anticuadas, su ayuda fue vital para organizar el Ejército Popular de la República y la llegada de armamento ruso posibilitó la resistencia. La táctica propugnada por los consejeros rusos era deficiente y técnicamente arcaica, permitió crear el nuevo ejército desde la nada. Su decisión y la claridad del proyecto atrajeron hacia el partido a muchos militares y civiles, dispuestos a oponerse al fascismo con las armas.

Es decir, que el suyo era también un proyecto revolucionario, pero con un concepto de revolución distinto al propugnado por los anarquistas. Se centraba en el control que el partido podía ejercer sobre el ejército, como institución fundamental del Estado y este principio les enfrentó a la CNT-FAI, que se veía progresivamente marginada de la dirección de la guerra y del mando de las grandes unidades. Los comunistas fueron los grandes beneficiados por la crisis de mayo de 1937, que les permitió adquirir mayor poder, al derribar a Largo Caballero, porque Negrín necesita apoyarse en ellos frente a las disputas internas del propio PSOE. Sin embargo, a pesar de sus avances, los comunistas no lograron jamás controlar totalmente el ejército ni la maquinaria del Estado.

La política de Negrín tendió a estructurar un ejército disciplinado y una retaguardia en orden, cuyas energías debían aplicarse a finalidades militares. Pero la potenciación del aparato militar culminó en un neomilitarismo en 1938 que, en Cataluña, coincidió con los intereses del nuevo cuerpo de oficiales, de los comunistas y de Negrín. En la preparación de la crisis que derribó a Prieto funcionó el «correo negro» de los escritos de oficiales y comisarios contra el ministro de Defensa, complementadas con la agitación en las unidades, recuerdos ambos del tiempo de los pronunciamientos. El poder militar en Cataluña fue, en buena parte, controlado por los comunistas a través de Cerdán y de la concentración de las unidades comunistas de élite después de la retirada de Levante, que pasaron a formar el ejército del Ebro. El renacimiento del poder

militar fue patente también en Madrid, donde se mantuvo la autonomía militar hasta el final de la guerra, con un carácter más autónomo que en Cataluña e independiente de los comunistas. El general Miaja actuó al margen del gobierno en los tiempos de la batalla de Madrid, en la del Jarama maniobró para desplazar al general Pozas su propio jefe del Teatro de Operaciones, más tarde se opuso a los planes del general Rojo desde el Estado Mayor Central y las órdenes de operaciones de Negrín, finalmente el coronel Casado tomó el relevo, pactó directamente con los mandos franquistas «de militar a militar» y vertebró la conspiración final de la guerra y el Consejo de Defensa.

Ciertamente, en la fase final de la guerra, confluían los propósitos de Negrín y de los comunistas, con beneficios recíprocos. El presidente buscaba el fortalecimiento del Estado posponiendo otras preocupaciones revolucionarias, para ganar la guerra o, por lo menos, prolongarla hasta el estallido del conflicto europeo que veía próximo. Para los comunistas, la continuación de la guerra tenía otro sentido: obtener la primacía en el ejército, que les daría el poder. La batalla del Ebro tuvo mucho que ver en este fortalecimiento: pretendió fabricar una victoria para el gobierno Negrín y para el ejército del Ebro, básicamente comunista.

El poder socialista

Estuvo siempre lastrado por sus divisiones internas entre posturas más o menos estatistas o populares y sindicalistas. El predominio socialista se inició en septiembre de 1936 con el gobierno de Largo Caballero, cuyo proyecto consistió en reconducir la revolución mientras reconstruía el poder del Estado. Largo Caballero reconoció la prioridad de la guerra, pero intentó compaginarla con los avances revolucionarios ya conseguidos. El 16 de diciembre de 1936 un decreto acabó con las juntas, comités de defensa y similares, en su lugar creó los Consejos Provinciales presididos por el gobernador civil e integrados por representantes de los partidos y sindicatos.

Este gobierno puso las bases para el nuevo ejército republicano, popular aunque de corte clásico, y logró integrar a los cenetistas en un pacto frentepopulista dos meses después de tomar posesión. Sin embargo, la aparente continuidad del Estado republicano coexistía con la falta de poder central en amplias zonas del territorio teóricamente sometido a los poderes de la República.

Durante toda la guerra, los socialistas fueron mayoritarios en el gobierno, cuya presidencia y principales carteras ocuparon, e incluso crearon y mandaron siempre el SIM (Servicio de Información Militar) a pesar de la importancia de los comunistas en dicha organización.

La política de Largo Caballero fue puesta en entredicho a causa del fracaso militar en el frente Norte. Desde mayo de 1937 Negrín, socialista moderado,

formó el «gobierno de la victoria», con exclusión de los anarquistas y apoyo comunista. Enemistado con Prieto, su ministro de Defensa, a raíz de la pérdida total del Norte, asumió personalmente Presidencia y Defensa, dispuesto a dirigir una estrategia ofensiva y enérgica, gracias al Ejército Popular cuya creación había iniciado su rival Largo Caballero en el invierno de 1936.

Negrín necesitó el apoyo de los comunistas ante las peleas de su propio partido, incapaz de la unidad. Su política se apoyó en el pacto entre la derecha del PSOE, los comunistas stalinistas y los republicanos, con una representación minoritaria vasca, catalana y anarquista.

Paralelamente, el proyecto de fortalecer el Estado fue hipotecado por su alianza con los comunistas y la ayuda militar de la URSS. Negrín se esforzó para presentar la imagen de un Estado moderado y parlamentario, porque deseaba pactar con las democracias, pero se lo dificultó la alianza soviética del cual no podía prescindir: necesitaba el apoyo comunista para gobernar y el armamento ruso para proseguir la guerra.

Conclusión

La guerra originó múltiples transformaciones sociales, políticas, jurídicas, ideológicas pero todas ellas estuvieron nucleadas por los hechos militares. Desde nuestra perspectiva es quizá más sugerente considerar los acontecimientos sociales o económicos ocurridos entonces pero lo verdaderamente determinante fueron las operaciones convencionales, incluso los anarquistas procuraron establecer un frente, articularse en centurias y, más adelante se integraron en las Brigadas Mixtas. No existió «la guerra revolucionaria» ni «la guerra de guerrillas», mientras la principal diferencia entre comunistas y anarquistas fue su concepto de revolución y de los medios para llegar a ella.

Las contradicciones entre los modelos revolucionarios se hicieron palpables en mayo de 1937. Cuando ya faltaba poco para que los franquistas consumaran la conquista de Vizcaya, la situación catalana entró en crisis. Durante una semana el POUM y parte de la CNT se enfrentaron con las armas en la mano a la Generalitat y, sobre todo al PSUC. La Generalitat pidió ayuda al gobierno central de Valencia que se hizo cargo del orden público en Cataluña, retomando las competencias del Estatut. Seguidamente, la CNT entró en un proceso de creciente marginación política, se inició la persecución del POUM y de sus líderes, y Largo Caballero fue sustituido por Negrín en la presidencia del gobierno. A finales de octubre, la capital se trasladó de Valencia a Barcelona. No había sido una lucha por la revolución sino por el poder encubierto en la militarización que daba fuerza a los comunistas y lo quitaba a los anarquistas. El Consejo de Defensa del coronel Casado fue el último intento tardío e inútil de reconstruir el modelo frentepopulista de Largo Caballero.



La iniciación de la guerra había puesto en marcha la revolución, el desarrollo de las operaciones militares acabó con ella. *Guerra o revolución* jamás representó una alternativa discutida en el terreno de la práctica sino un arma para la lucha política en la zona republicana.

Bibliografía

- ABELLA, R.: *La vida cotidiana durante la Guerra Civil. España nacional*. Barcelona, 1978.
- *La vida cotidiana durante la Guerra Civil. España republicana*. Barcelona, 1976.
- ALBA, V.: *El marxisme a Catalunya*. 4 vols. Barcelona, 1974.
- ALCALDE, C.: *La mujer en la Guerra Civil española*. Madrid, 1976.
- ALCOFAR NASSAES, J. L.: «*Spansky*». *Los extranjeros que lucharon en la Guerra Civil*. Barcelona, 1973.
- C.T.V. *Los legionarios italianos en la guerra civil española*. Barcelona, 1972.
- *Los asesores soviéticos en la Guerra Civil española*. Barcelona, 1971.
- *La aviación legionaria en la guerra civil española*. Barcelona, 1976.
- ALPERT, M.: *El ejército republicano en la Guerra Civil*. Barcelona, 1977.
- ALTED VIGIL, A.: *Política del Nuevo Estado sobre el patrimonio cultural y la Educación durante la Guerra Civil española*. Madrid, 1984.
- ARAQUISTAIN, L.: *El comunismo y la guerra de España*. Tarn, 1939.
- ARCHIVES SECRETES DE LA WILHELMSTRASSE, Les: *L'Allemagne et la Guerre Civile espagnole. 1936/1939*. París, 1952.
- AROSTEGUI, J. y MARTÍNEZ, J. A.: *La Junta de Defensa de Madrid, noviembre de 1936/abril de 1937*. Madrid, 1984.
- AZAÑA, M.: *Causas de la guerra de España*. Barcelona 1986.
- *Memorias políticas y de guerra*. Barcelona, 1981.
- AZCÁRATE, P. de: *Mi embajada en Londres durante la Guerra Civil española*. Barcelona, 1976.
- AZNAR, M.: *Historia militar de la guerra de España*. Madrid, 1958/63.
- BENAVIDES, M. D.: *La Escuadra la mandan los cabos*. México, 1976.
- BERNECKER, W.: *Colectividades y Revolución Social. El anarquismo en la Guerra Civil española, 1936/1939*. Barcelona, 1982.
- BLINKHORN, M.: *Carlismo y contrarrevolución en España. 1931/1939*. Barcelona, 1979.
- BOLIN, L.: *España, los años vitales*. Madrid, 1967.
- BOLLOTEN, B.: *La revolución española. Sus orígenes, la izquierda y la lucha por el poder durante la Guerra Civil, 1936/1939*. Barcelona, 1980.
- BORRAS LLOP, J. M.^a: *Francia ante la Guerra Civil española. Burguesía. Interés nacional e interés de clase*. Madrid, 1981.
- BREEN, C.: *La Droite française et la guerre d'Espagne (1936-1939)*. Ginebra, 1973.
- BROUE, P. y TEMINE, E.: *La revolución y la guerra de España*. París, 1961.
- BROUE, P. y otros: *Metodología histórica de la guerra y revolución españolas*. Barcelona, 1982.
- BURGO, J. del: *Conspiración y guerra civil*. Madrid, 1970.
- CABANELLAS, G.: *La guerra de los mil días*. Buenos Aires, 1975.
- CARR, E. H.: *La Comintern y la Guerra Civil española*. Madrid, 1986.
- CARR, R.: *La tragedia española. La Guerra Civil en perspectiva*. Madrid, 1986.

- (Ed.): *Estudios sobre la República y la Guerra Civil española*. Barcelona, 1974.
- CASADO, S.: *Así cayó Madrid. Último episodio de la Guerra Civil española*. Madrid, 1968.
- CASAS, R.: *Las milicias nacionales en la guerra de España*. Madrid, 1974.
- CASTELLS, A.: *Las Brigadas Internacionales de la guerra de España*. Barcelona, 1974.
- CEREZO, R.: *Armada Española. Siglo XX*. Madrid, 1983.
- CERVERA PERY, J.: *Alzamiento y revolución en la Marina*. Madrid, 1978.
- CERVERA VALDERRAMA, J.: *Memorias de guerra*. Madrid, 1968.
- CLAVERA, J. y otros: *Capitalismo español: de la autarquía a la estabilización (1939-1959)*. Madrid, 1973.
- CLEMENTE, J. C.: *Historia del carlismo contemporáneo, 1935-1972*. Barcelona, 1972.
- COLODNY, R.: *El asedio de Madrid*. París, 1970.
- COVERDALE, J. E.: *La intervención fascista en la guerra civil española*. Madrid, 1979.
- CUENCA TORIBIO, J. M.: *La Guerra Civil de 1936*. Madrid, 1986.
- DELGADO, I.: *Portugal e a guerra civil de Espanha*. Lisboa s. f.
- DÍAZ PLAJA, F.: *La Historia de España en sus documentos. El siglo XX: La Guerra (1936-1939)*. Barcelona, 1972.
- EBY, C.: *Los voluntarios norteamericanos en la guerra civil española*. Barcelona, 1969.
- ECHEVARRÍA, T.: *Cómo se preparó el Alzamiento. El general Mola y los carlistas*. Madrid, 1985.
- EDWARDS, J.: *The British Government and the Spanish Civil War, 1936-1939*. Londres, 1979.
- EHRENBURG, I.: *Corresponsal en la guerra civil española*. Madrid, 1979.
- ESCOFET, F.: *Al servei de Catalunya i de la República*. París, 1973.
- FERNÁNDEZ SORIA, J. M.: *Educación y cultura en la Guerra Civil (España, 1936-1939)*. Valencia, 1984.
- FRANCO BAHAMONDE, F.: *Palabras del Caudillo*. Madrid, 1943.
- FRASER, R.: *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros*. 2 vols. Barcelona, 1979.
- GAMIR ULIBARRI, General: *De mis memorias. Guerra de España, 1936-1939*. París, 1939.
- GARCÍA DURÁN, J.: *La Guerra Civil española: Fuentes (archivos, bibliografía y filmografía)*. Barcelona, 1985.
- GARCÍA NIETO, M.^a C. y DONEZAR, J. M.: *La guerra de España, 1936-1939*. Madrid, 1974.
- GARCÍA VENERO, M.: *Falange en la guerra de España: la unificación y Hedilla*. París, 1967.
- GAROSCI, A.: *Los intelectuales y la guerra de España*.
- GOMA, J.: *Guerra en el Aire*. Madrid, 1958.
- GÓMEZ CASAS, J.: *Los anarquistas en el Gobierno (1936-1939)*. Barcelona, 1977.
- GORDON ORDAS, F.: *Mi política fuera de España*, vol. I, México, 1965.
- GRETTON, P.: *El factor olvidado. La Marina Británica y la Guerra Civil española*. Madrid, 1984.
- GRIMAU, C.: *El cartel republicano en la Guerra Civil*. Madrid, 1979.
- IBÁRRURI, D. (dir.): *Guerra y Revolución en España, 1936/1939*. 4 vols. Moscú, 1967/77.
- JACKSON, G.: *La República española y la Guerra Civil*. Barcelona, 1978.
- KINDELAN, A.: *Mis cuadernos de Guerra*. Barcelona, 1982.
- KOLTSOV, M.: *Diario de la guerra española*. Madrid, 1978.
- LARGO CABALLERO, F.: *Mis recuerdos*. México, 1976.
- LISTER, E.: *Nuestra guerra*. París, 1976.

- LIZARZA, A.: *Memorias de la Conspiración*. Pamplona, 1969.
- LOZANO, Cl.: *La educación republicana*. Barcelona, 1980.
- MAINER, J. C.: *Falange y Literatura*. Barcelona, 1971.
- MARQUINA, A.: *La diplomacia vaticana y la España de Franco (1936-1945)*. Madrid, 1983.
- MARTÍNEZ BANDE, M.: *Monografías de la guerra de España*. Madrid (varios tomos y ediciones).
- MARTÍNEZ BARRIO, D.: *Memorias*. Barcelona, 1983.
- MERA, C.: *Guerra, exilio y cárcel de un anarcosindicalista*. París, 1976.
- MINTZ, F.: *La autogestión en la España Revolucionaria*. Madrid, 1977.
- MONTERO, A.: *Historia de la persecución religiosa en España, 1936-1939*. Madrid, 1961.
- MORENO, F.: *La guerra en el mar*. Barcelona, 1959.
- MORODO, R.: *Los orígenes ideológicos del franquismo: Acción Española*. Madrid, 1985.
- PANIAGUA, X.: *La sociedad libertaria. Agrarismo e industrialización en el anarquismo español, 1930-1939*. Barcelona, 1982.
- PAYNE, S. G.: *Falange. Historia del fascismo español*. París, 1965.
- *La revolución española*. Barcelona, 1972.
- PEIRATS, J.: *La CNT en la revolución española*. 3 vols. París, 1971.
- PIKE, D. W.: *Les Français et la guerra d'Espagne, 1936-1939*. París, 1975.
- PRESTON, P. (coord.): *Revolución y guerra en España*. Madrid, 1986.
- PRIMO DE RIVERA, J. A.: *Obras completas*. Madrid, 1962.
- RAMA, C.: *La crisis española del siglo XX*. México 1962.
- REIG TAPIA, A.: *Ideología e historia. La represión franquista en la Guerra Civil*. Madrid, 1985.
- RICHARDSON, R.: *Comintern Army. The International Brigades and the Spanish Civil War*. Lexington, 1982.
- RIDRUEJO, D.: *Escrito en España*. Buenos Aires, 1964.
- ROJO, V.: *España heroica*. Buenos Aires, 1943.
- *Así fue la defensa de Madrid*. México, 1967.
- *Alerta a los pueblos*. Barcelona, 1974.
- RUBIO CABEZA, M.: *Diccionario de la Guerra Civil española*. 2 vols. Barcelona, 1987.
- RUIZ RICO, J. J.: *El papel político de la Iglesia Católica en la España de Franco, 1936-1971*. Madrid, 1977.
- SAINZ RODRÍGUEZ, P.: *Testimonios y recuerdos*. Barcelona, 1978.
- SALAS LARRAZÁBAL, J.: *Intervención extranjera en la guerra de España*. Madrid, 1974.
- *La guerra de España desde el aire*. Barcelona, 1969.
- *Los datos exactos de la Guerra Civil*. Madrid, 1980.
- *El Ejército Popular de la República*. 4 vols. Madrid, 1973.
- *Pérdidas de la guerra*. Barcelona, 1977.
- SAZ, I y TUSELL, J.: *Fascistas en España*. Madrid, 1981.
- SCHWARTZ, F.: *La internacionalización de la Guerra Civil española, julio de 1936-marzo de 1937*. Barcelona, 1972.
- SOUTHWORTH, H.: *La destrucción de Guernica. Periodismo, diplomacia, propaganda e historia*. París, 1977.
- *El mito de la cruzada de Franco*. Barcelona, 1986.
- SUÁREZ, A.: *El proceso contra el POUM. Un episodio de la revolución española*. París, 1974.
- SUEIRO, D.: *La Flota es roja*. Barcelona, 1983.
- TAYLOR, T.: *Munich. The Price of Peace*. Londres, 1979.

- TELLO, J. A.: *Ideología y política. La Iglesia católica española, 1936-1959*. Zaragoza, 1984.
- THOMAS, H.: *La Guerra Civil española*. Madrid, 1979.
- TOGLIATTI, P.: *Escritos sobre la guerra de España*. Barcelona, 1980.
- TRAINA, R. P.: *American Diplomacy and the Spanish Civil War*. Bloomington, 1968.
- TUÑÓN DE LARA, M. y otros: *La Guerra Civil española. 50 años después*. Barcelona, 1985.
- TUÑÓN DE LARA, M. y otros: *Historiografía española contemporánea*. Madrid, 1980.
- VILAR, J. B.: *Los protestantes españoles ante la Guerra Civil (1936-1939)*, *Cuenta y Razón*, 21 (Madrid, 1985), págs. 213-230.
- *La persecución religiosa en la zona nacionalista durante la Guerra Civil. El caso de los protestantes españoles*, *Homenaje al Prof. Juan Torres Fontes*. Murcia, 1987, págs. 1.749-1.762.
- VIÑAS, A.: *La Alemania nazi y el 18 de julio. Antecedentes de la intervención alemana en la Guerra Civil española*. Madrid, 1977.
- *Guerra, dinero y dictadura*. Barcelona, 1984.
- *El oro español en la Guerra Civil*. Madrid, 1976.
- *El oro de Moscú. Alfa y omega de un mito franquista*. Barcelona, 1979.
- VIÑAS, A. y otros: *Política comercial exterior de España (1931-1975)*. Madrid, 1979.
- VIVER PI-SUNYER, C.: *El personal político de Franco. 1936/1945*. Barcelona, 1978.
- ZUGAZAGOITIA, J.: *Guerra y vicisitudes de los españoles*. Barcelona, 1977.